



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La transformación del Estado nacional en Estados regionales y la creación de la nación sudamericana

Autor: Ehlers, Freddy

Forma sugerida de citar: Ehlers, F. (2001). La transformación del Estado nacional en Estados regionales y la creación de la nación sudamericana. *Cuadernos Americanos*, 2(86), 219-233.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 86, (marzo-abril de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## La transformación del Estado nacional en Estados regionales y la creación de la nación sudamericana

Por Freddy EHLERS  
*La Televisión, Quito, Ecuador*

SE ME HA PEDIDO una reflexión sobre el tema de “governabilidad y transición” en el caso Ecuador, y he solicitado que se me permita ampliarlo a varias propuestas e ideas que cubren el ámbito latinoamericano, ya que no veo posible entender lo ocurrido en mi país y las alternativas para enfrentar el presente y futuro desligado del resto de la región. Posiblemente llamarán la atención algunas de las ideas y propuestas aquí enunciadas, pero ése es el propósito fundamental de este pequeño trabajo, despertar un amplio debate sobre el tema de la creación de la nación sudamericana como única alternativa para enfrentar esta nueva era de la civilización con alguna posibilidad de éxito.

### *La sociedad del conocimiento en la era digital*

Así como la revolución industrial marcó el nacimiento y desarrollo de las naciones Estado y los sistemas democráticos de representación popular como hoy los conocemos, el advenimiento de una “nueva era” en la historia de la humanidad propiciada por los profundos cambios tecnológicos determinará la creación de nuevos modelos de gobierno que respondan a los tiempos actuales.

El problema radica en que los líderes de la mayoría de los Estados siguen pensando y actuando en un tiempo que ya dejó de existir o que se encuentra en sus momentos finales, y por ello es tan difícil encontrar un modelo para lograr lo que hoy se ha puesto de moda en el mundo académico y que se llama gobernabilidad.

### *La nación Estado*

Los Estados, como los conocemos hoy, son, en esencia, representaciones jurídicas, políticas y administrativas de naciones que deberían tener una clara identidad. La realidad latinoamericana es distinta a la europea o norteamericana en ese aspecto. Si defini-

mos a una nación como un grupo humano con una clara identidad histórica y cultural, es fácil advenir que los actuales Estados latinoamericanos no responden a particulares nacionalidades que sean distintas a las de sus vecinos. Por ello, desde la época de la independencia, las luchas integracionistas —Bolívar y Morazán son dos de sus mejores ejemplos— han formado parte de la utopía latinoamericana.

¿Existen diferencias culturales que nos hablen de naciones distintas entre México y Guatemala, entre Colombia y Venezuela, entre Ecuador, Perú y Bolivia, entre Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, entre el norte de Argentina y el sur de Brasil? Somos los latinoamericanos, como ya lo dijo Simón Bolívar hace casi dos siglos, “una sola nación de repúblicas hermanas”.

El problema de la gobernabilidad nació con nuestra independencia, cuando se delinearon artificialmente las naciones latinoamericanas, surgidas del capricho del reino español al definir los límites de sus virreinos, capitanías generales y reales audiencias, de acuerdo con la conveniencia geopolítica española y no a la de Nuestra América, como tan apropiadamente calificó el prócer cubano José Martí a esta parte del continente americano, para diferenciarnos de la América que no es nuestra, en clara alusión a Estados Unidos de Norteamérica.

Lo cierto es que salvo los cortos y poco exitosos intentos de unificación regional en Centroamérica y la Gran Colombia, América Latina fue organizándose territorialmente más o menos según los mapas con los que había funcionado por trescientos años bajo la autoridad de la colonia española. De inmediato comenzaron los problemas limítrofes entre casi todas las nuevas Repúblicas: “las Republiquetas”, como tan acertadamente las llamó Simón Rodríguez, el visionario maestro de Bolívar. Los nuevos países latinoamericanos malgastaron sus mejores energías definiendo sus fronteras patrias de los peligros y amenazas de sus vecinos, que eran sus hermanos, ante la complacencia del nuevo imperio que nacía al norte del continente americano.

Resulta inútil, pero intelectualmente provocativo, imaginar hoy ¿qué hubiese sucedido si América Latina se hubiera organizado, al igual que sus vecinos del norte, como una federación de estados autónomos? Lo cierto es que el carácter de los pueblos miembros de esa raza cósmica naciente, como calificó el mexicano Vasconcelos al nuevo ser humano: el mestizo; las condiciones geográficas accidentadas y enormes distancias entre sus ciudades

y el claro “destino manifiesto” de Estados Unidos para convertirse en el rector de esta *América para los americanos*, proclama del presidente Monroe, impidieron tanto la unión continental como la creación de un sistema de gobierno que responda a nuestras realidades y necesidades. El resultado del experimento independentista estaría destinado al más rotundo fracaso. Simón Rodríguez ya lo había advertido con su premonitoria frase de “inventar o errar”. En el Nuevo Mundo había que crear un sistema de gobierno original y propio, no copiado, porque de lo contrario fracasaríamos irremediablemente, como en efecto sucedió.

*El último día del despotismo, y el primero de lo mismo:  
una aproximación cultural*

CADA día cobra más fuerza la idea de que son causas culturales las que han determinado la imposibilidad de establecer en la región un sistema de gobernabilidad que sea funcional. La idea sustentada por las élites criollas de que un grupo estaba destinado a gobernar y una gran mayoría sólo a ser gobernada fue la causa principal para que en el siglo XIX se acepten como legítimos los gobiernos de las minorías que sustentaban el poder social y económico y que buscaron casi siempre blanquear el color de su piel y de sus ideas para intentar parecerse a los pueblos europeos, en lugar de reconocerse como en realidad eran y buscar el bienestar de todos los ciudadanos. Existió una profunda falta de identidad que permitiera unir en la diversidad a la amalgama de pueblos, culturas y nacionalidades existentes.

El 10 de agosto de 1809, en la recluida y monástica ciudad de Quito, capital de la Real Audiencia del mismo nombre, un grupo de criollos decidió proclamar el llamado Primer Grito de Independencia latinoamericana y, en efecto, durante un año se estableció un gobierno autónomo. Dice la leyenda que en los muros de la franciscana ciudad alguien escribió el primer *graffito* político del que hay noticia y que decía: “El último día del despotismo, y el primero de lo mismo”. Simplemente se había reemplazado a la élite gobernante española por una criolla ávida de poder. Nunca existió en Latinoamérica, como sí hubo en Francia y Estados Unidos luego de sus respectivas revoluciones, un verdadero deseo de democratizar al país en beneficio de todos sus habitantes. Es que en estos países, cuyas revoluciones siempre se dijo fueron inspiradoras de las guerras de independencia en Latinoamérica,

no existió una heterogeneidad racial y cultural tan grande como en América Latina. Es necesario reconocer que en Estados Unidos los pueblos afroamericanos fueron violentamente discriminados hasta años recientes y la población indígena reducida a sus pequeños ghettos y reservas. Fue en efecto una revolución de los blancos norteamericanos y de los franceses, que en su mayoría tenían un origen racial común.

En Nuestra América el problema fue mucho más complejo, pues las guerras de independencia las ganaron los mestizos, cuyas élites luego usurparon el poder del pueblo al que decían defender, y simplemente, sin mayor explicación, se mostraron como los legítimos herederos de los españoles o portugueses. El poder de la tierra en el que se sustentaba la economía de la región se mantuvo en las mismas manos, nada en el fondo cambió. Una independencia de forma y no de fondo fue realmente lo que ocurrió.

Posteriormente tres revoluciones exitosas ocurrieron en el continente: la liberal del general Eloy Alfaro en Ecuador, la mexicana y la cubana. Poco tiempo después, en las dos primeras, las poderosas élites locales retomaron el poder.

Casi todos los países fomentaron un nacionalismo chauvinista, que hablaba de las glorias del pasado, de la bravura de sus hombres y de la belleza de sus mujeres, del esplendor de los grandes imperios indígenas, de que su himno nacional era el más hermoso después de la *Marsellesa*, de que eran necesarios los ejércitos para defenderse de los peligros externos, de que sus ambiciosos vecinos habían usurpado gran parte de sus legítimos territorios, de que tenían los mejores paisajes, la mejor comida, la mejor música del mundo, las mejores fiestas. Que eran como un mendigo sentado sobre un trono de oro, porque malos gobiernos habían administrado mal al país. Pero esas élites jamás admitieron que eran ellas las responsables, las que financiaban, elegían y sostenían a todos los gobiernos en turno.

Nunca las élites latinoamericanas se preocuparon por el bienestar del pueblo. Fueron grupos de poder preocupados de aparentar lo que no eran. Consideraban neciamente que copiando las estructuras de poder, el sistema de gobierno, las leyes, la educación, en fin, todas las formas de organización de Europa y Estados Unidos, podrían construir sociedades modernas similares a las de las grandes potencias de entonces. Pretendían justificar los fracasos y el cada vez más marcado atraso social y económico calificando al pueblo de estúpido e inferior al europeo, al pueblo al que sometían

y explotaban, al pueblo sin educación ni alimentación adecuada, sin salubridad, a ese pueblo culpaban de sus propios fracasos. Nunca entendieron el extraordinario mensaje de José Martí en su premonitorio artículo “Nuestra América”, en el que el prócer advierte que tenemos que estudiar nuestra tierra, a nuestros hombres, a nuestra realidad y no a la de otros países con historias y realidades distintas a las nuestras. Esta sencilla advertencia que nunca fue escuchada ni entendida constituye la razón principal de nuestro rotundo fracaso republicano.

*Sí, es un hijo de puta,  
pero es nuestro hijo de puta*

**GALO PLAZA**, presidente ecuatoriano en los años de 1948 a 1952, me contó una interesante anécdota que luego ha sido puesta en boca de diversos mandatarios norteamericanos de la época y que reza de la siguiente manera. Cuando Plaza viaja a Estados Unidos, luego de una visita por Centroamérica, advierte al presidente norteamericano que el dictador Somoza de Nicaragua constituía una afrenta a la democracia y que se había apoderado de su país convirtiéndolo en su hacienda privada y que era un verdadero hijo de puta. El presidente Truman le contestó: “Sí, es verdad, es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”. Este hecho pone de manifiesto cómo Estados Unidos apoyaron regímenes que respondían a sus intereses comerciales y geopolíticos sin importarles que en América Latina se desarrollara una verdadera democracia, simplemente ése no era su problema.

Posteriormente a la segunda Guerra Mundial se inició la Guerra Fría, y casi por medio siglo la lucha anticomunista determinó que ésa fuera la razón de Estado de la política norteamericana, que apoyó a cuanta dictadura se establecía en el continente con el fin de luchar contra los peligros de los nuevos movimientos comunistas y socialistas que comenzaron a cautivar a las élites intelectuales latinoamericanas, sobre todo luego de la Revolución Cubana. Los grandes promotores de la democracia como sistema de gobierno universal no tuvieron empacho en apoyar tiranías y gobiernos autoritarios, siempre y cuando se aliaran a su política internacional. Ante el peligro de que gobiernos de izquierda lleguen al poder, como en el caso de Allende en Chile, el “establishment” consideró que la mejor manera de proteger sus intereses era obrar a través de gobiernos con las fuerzas armadas. Junto al deterioro del mundo socialista, que terminaría con la caída del Muro de

Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética, Estados Unidos impulsó la Doctrina Carter de los Derechos Humanos y el regreso a una democracia formal en Latinoamérica, que es la que actualmente existe.

### *Un monstruo de dos cabezas*

AGOBIADOS por su orfandad, sin el padre español ni la madre indígena o negra, el uno desterrado y la otra rechazada, los inexpertos dirigentes republicanos en lugar de diseñar nuevas instituciones y formas de gobierno que respondiesen a nuestra idiosincrasia adoptaron indistintamente los modelos de Europa y Norteamérica. Allí surgió ese monstruo de dos cabezas que ha sido el sistema de gobierno en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas, un sistema de partidos políticos inspirado en Europa, con un sistema de gobierno presidencialista de clara semejanza al de Estados Unidos. Esa fatal incongruencia ha sido, en mi opinión, una de las causas principales que ha impedido el fortalecimiento de un sistema democrático medianamente aceptable.

Los dirigentes políticos latinoamericanos se identificaron desde mediados del siglo XIX con las ideologías europeas, producto de la Revolución Industrial y del naciente sistema mercantil capitalista inexistente en nuestros países. Liberales y conservadores primero, socialistas y comunistas luego de la Revolución Rusa, demócratacristianos y socialdemócratas al terminar la segunda Guerra Mundial, fueron algunas de las principales tendencias copiadas de los idearios europeos. Si existían partidos políticos con bases ideológicas y disciplina partidista, era lógico que debían establecerse regímenes parlamentarios a fin de lograr que el poder ejecutivo cuente con mayorías que legitimen sus decisiones, pero se optó por el sistema presidencialista que funcionaba en Estados Unidos, donde no existen partidos políticos de origen ideológico y por lo tanto los parlamentarios votan siguiendo sus intereses regionales y el presidente es libre de hacer acuerdos con quien le plazca para alcanzar sus mayorías. Este hecho ha sido una de las causas principales para la ingobernabilidad a lo largo de nuestra historia. Elegíamos presidentes que nunca contaban con mayoría parlamentaria, por lo que ante el fracaso de gobierno tras gobierno, los golpes de Estado militares fueron una constante repetida en casi todo el continente para intentar establecer un relativo or-

den que permitiera a las élites nacionales manejar sus respectivos países sin la incómoda democracia.

El PRI en México y el APRA en Perú fueron la excepción que confirma la regla, ya que estos dos partidos intentaron desarrollar propuestas de corte latinoamericanista y nacionalista al margen de las ideologías reinantes en el mundo desarrollado, pero finalmente sucumbieron. El primero más con una práctica en el ejercicio del poder que con un planteamiento de un nuevo sistema de gobierno, y el segundo renunciando a sus intentos originales de encontrar una tercera vía, para terminar sumergiéndose en la socialdemocracia internacional. El sistema priísta fue, sin duda, un experimento original que brindó estabilidad política pero que, lamentablemente, nunca pudo constituirse en una real práctica democrática. La Revolución Mexicana fue poco a poco diluyéndose en un sistema de protección del orden establecido que no logró, a pesar de algunos intentos nacionalistas como en el gobierno de Cárdenas, integrar el desarrollo nacional a vastos sectores del país.

### Cien años de soledad, 500 años después

LA que posiblemente es la obra cumbre de la literatura y el pensamiento latinoamericano, *Cien años de soledad*, del colombiano Gabriel García Márquez, descubre finalmente a los sorprendidos lectores su verdadero rostro y un realismo mágico que las élites habían desconocido y tapado por casi medio milenio. Al asumir como oficial, pero no real, el pensamiento aristotélico, tomista y cartesiano, se adoptó una forma de ser que no correspondía a lo que realmente éramos en esta parte del Nuevo Mundo. Las élites intentaron por todos los medios borrar nuestros rasgos culturales auténticos y asumir una forma de ser distinta a la real, imitando a la de las grandes metrópolis de los países económicamente desarrollados. Macondo se quedó dormido por 500 años hasta que el genial colombiano la despertó y nos hizo ver que los macondos existen en cada uno de nuestros pueblos y ciudades, en lo más profundo del inconsciente colectivo de América Latina. Si no, cómo entender a los mil y un caudillos surgidos desde sus entrañas, y a ese pueblo que no “pensaba antes de existir” sino que simplemente existía, llevando consigo esa marca cultural desarrollada en medio milenio a través de la simple experiencia de vivir y de tomar de cada cultura, y de cada una de sus raíces, su muestra esencial.

Si Macondo es lo que somos, ¿cómo entonces podemos crear un sistema de gobierno que funcione y que nos permita enfrentar el terrible reto de la globalización en el marco de la nueva sociedad del conocimiento? Ése es el mayor reto de nuestro tiempo.

### *Un tianguis global*

Los mexicanos tienen una hermosa palabra para llamar a lo que el resto del continente conoce como mercado, el “tianguis”, el tradicional espacio de los pueblos donde se comercializan los productos de manera muy parecida a como lo hacían los indígenas americanos desde antes de la llegada de los españoles. Éste era el maravilloso espacio para el intercambio de productos y la convivencia respetuosa de diversos pueblos y comunidades.

Hoy, en el siglo XXI, la globalización está convirtiendo al mundo en un gigantesco mercado global que despersonaliza, desnacionaliza y somete a la humanidad a una darwiniana e implacable competencia, en la que sólo las ganancias se convierten en la razón de ser del éxito humano. Es el mundo de los más fuertes y aptos para lograr utilidades sin tomar en cuenta los valores culturales en los que se sustenta la verdadera razón de ser de los pueblos. La enorme diferencia entre el ingreso de los dueños del capital internacional y la inmensa mayoría de la población mundial está llegando a niveles insostenibles.

### *Los bits reemplazan a los átomos*

NICOLÁS NEGROPONTE, director del Media Lab del MIT, quien ha sido llamado el Tomás Jefferson de la era digital, define a los nuevos tiempos como la época en la que el *átomo*, la unidad de valores existente desde los orígenes mismos de la humanidad, está siendo reemplazada por los *bits*, el “DNA de la información”.

El hombre basó siempre su economía en la compra y venta de bienes tangibles, es decir que existían materialmente. Se producía banano, arroz o cualquier producto comestible y se lo intercambiaba con bienes manufacturados o maquinarias, que también existían tangiblemente. Eran cosas que se podían ver, tocar y pesar, si bien poco a poco los bienes manufacturados comenzaron a tener un valor agregado muy superior al de las materias primas. Hoy en la Sociedad del Conocimiento el valor unitario de los mejores pro-

ductos está compuesto por *bits*, es decir que no existen materialmente. Es el mundo de las ideas y de los servicios. Este hecho en principio no tendría por qué ser negativo, pues es simplemente parte del desarrollo de la creación humana. El problema radica en que, para tener éxito en el mercado global de *bits* se necesita de inmensos capitales y estructuras transnacionales.

América Latina y el Tercer Mundo en general no cuentan con la capacidad, tecnología ni capitales para poder competir en la realidad virtual de los mercados mundiales, y es por eso que a medida que transcurren a velocidad vertiginosa los nuevos tiempos se hace cada vez mayor la diferencia entre los países desarrollados y el resto del mundo. ¿Cómo pueden defenderse pequeñas o medianas naciones frente al inmenso poderío de los más ricos? La respuesta de los defensores del nuevo sistema de economía globalizada es que todos los países deben mejorar su eficiencia para convertirse en competidores del mercado global. Pero la realidad muestra que es muy poco probable que esto suceda, ya que las distancias entre las grandes empresas transnacionales y los nuevos jugadores de los países tercermundistas es verdaderamente abismal. Estamos siendo sometidos a una condición de servidumbre. Los productores de materias primas y manufacturas que no tienen una importante participación en el campo de la tecnología digital no podrán competir en el mercado globalizado.

### *El caso Ecuador*

**E**CUADOR es un pequeño país con una singular historia que nos puede permitir extrapolar su experiencia y su realidad actual a toda Latinoamérica; es un laboratorio del continente porque concentra casi todas las características geográficas y humanas de la región. En su limitado territorio existen, como lo describió Alejandro de Humboldt, las más variadas regiones geográficas. La selva amazónica, los Andes con sus volcanes nevados, el bosque húmedo tropical, las llanuras del Pacífico, amplias costas con una gran riqueza marina y las excepcionales Islas Galápagos, patrimonio natural de la humanidad. En este limitado espacio se asentaron varias culturas indígenas de enorme valor por sus logros y desarrollo. Luego fue poblado por grupos humanos que representan prácticamente todas las características encontradas en el continente. Indios herederos de los incas, una de las grandes civilizaciones americanas; indios miembros de pequeñas culturas amazónicas y

de la costa pacífica, afroamericanos asentados en la zona fronteriza con Colombia, mestizos y mulatos junto a árabes, judíos y chinos que llegaron en los últimos cien años, forman parte del país con la población más heterogénea de América Latina. Sólo Ecuador contiene en su territorio una representatividad importante de los cuatro pueblos en los que dividió a los latinoamericanos el visionario antropólogo brasileño Darcy Ribeiro. Estas condiciones naturales y humanas únicas influyeron para que algunos de los acontecimientos históricos más relevantes ocurrieran en el actual territorio ecuatoriano.

Hace cinco mil años algunas de las primeras manifestaciones de sedentarismo, desarrollo agrícola y alfarería aparecieron en la Península de Santa Elena, cerca de la actual ciudad de Guayaquil. Como habíamos manifestado anteriormente, el llamado primer grito de la independencia americana se proclama en Quito, el 10 de agosto de 1809. La primera de las tres únicas revoluciones ocurridas en la época republicana en América Latina tiene lugar en 1895, bajo el mando del general Eloy Alfaro. Ecuador es, en 1979, con la elección del presidente Jaime Roldós, el primer país en retornar a la democracia luego de la era de las dictaduras militares que cubrieron buena parte de la región, y hoy es el primer país en el que se comienza a experimentar el sistema de dolarización. Cabe señalar que Panamá adoptó por imposición de Estados Unidos esa moneda, desde su creación hace 100 años. Todos estos hechos deben llevarnos a la reflexión sobre lo que actualmente está ocurriendo en Ecuador y lo sucedido en los últimos años, que pueden ser premonitorios para muchos otros países.

La insurgencia indígena tiene características únicas en Ecuador. La CONAIE, o Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, inicia una larga lucha de organización popular rechazando los métodos armados y logra convertirse en una de las fuerzas políticas más representativas del país. Su mayor logro lo alcanza cuando se convierte en factor fundamental para el derrocamiento del ex presidente Yamil Mahuad en enero del año 2000.

En los últimos años Ecuador ha sufrido una profunda crisis política y económica que debería ser tomada muy en cuenta por el resto de la región, ya que son hechos que podrían repetirse en otros países. A pesar de contar con importantes ingresos petroleros y de otros productos como el banano, el camarón, la pesca blanca y las flores, el peso de la carga de la deuda externa, la corrupción, la inestabilidad política y un sistema judicial seriamente cuestiona-

do determinaron que en los últimos cuatro años se hayan posesionado cinco presidentes y una junta de gobierno, dos de ellos con pocas horas de ejercicio. Las autonomías regionales y provinciales constituyen además un preocupante problema que podría conducir al país a una virtual desintegración nacional, pero al mismo tiempo muestran un camino que empieza a vislumbrarse en otros países latinoamericanos. Ante el fracaso de la gobernabilidad, y las urgentes necesidades económicas de los municipios y provincias, se ataca al centralismo de la capital y se pretende lograr un manejo directo de los recursos a nivel provincial que, de no aprovecharse adecuadamente, podría conducir al país a una mayor inestabilidad y a la aparición de movimientos independentistas a nivel regional. La balcanización del Ecuador es uno de los escenarios que no deben ser descartados. Todos estos hechos se ven agravados por la virtual guerra civil que vive Colombia y que podría internacionalizarse con la aplicación del Plan Colombia, que preocupa a los países vecinos como son Panamá, Brasil, Perú y, el más afectado, Ecuador. Los principales enfrentamientos del ejército colombiano con la guerrilla ocurren en la frontera con Ecuador, a menos de 150 kilómetros de la capital ecuatoriana.

La dolarización aplicada por el presidente Gustavo Noboa ha dado cierta estabilidad económica al país debido a los altos precios del petróleo en el mercado internacional, pero el panorama futuro es realmente incierto y depende en gran medida del mantenimiento de estos precios, los más altos en los últimos veinte años.

Todos los hechos antes mencionados nos llevan a proponer (como el mejor camino para lograr la gobernabilidad de la región y la transición a la nueva sociedad del conocimiento en la era digital) la idea de la disolución de los Estados nacionales y la conformación de la Nación Sudamericana, basada en una nueva división política sustentada no en los actuales Estados, sino en las insurgentes autonomías regionales.

*La disolución del Estado nacional  
y la creación de la nación sudamericana*

**SIMÓN BOLÍVAR** tuvo razón al proclamar que el Nuevo Mundo no tenía posibilidad de lograr estabilidad y bienestar para su pueblo si no lograba la unidad. Por ello su propuesta de organizar una Nación de Repúblicas Hermanas sigue siendo la utopía mayor de

los pueblos latinoamericanos. Decepcionado, luego de los fallidos intentos integracionistas y ante el caos y desorden reinantes, el Libertador escribe al general Juan José Flores una profética carta días antes de su muerte:

Barranquilla, 9 de noviembre de 1830  
a.s.e. el general Juan José Flores

Mi querido general:

Vd. sabe que yo he mandado veinte años, y de ello no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1o., la América es ingobernable para nosotros; 2o., el que sirve una revolución ara en el mar; 3o., la única cosa que se puede hacer en América es emigrar, 4o., este país caerá infaliblemente en manos de una multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos los colores y razas; 5o., devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán en conquistarnos; 6o., si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último periodo de la América. La primera revolución francesa hizo degollar las Antillas, y la segunda causará el mismo efecto en este vasto continente. La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuantos males nos faltaban, o más bien los van a completar. Vd. verá que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y ¡desgraciados de los pueblos! y ¡desgraciados de los gobiernos! *Bolívar.*

El Libertador se adelantó a su tiempo. Hoy sus palabras definen la trágica realidad de Nuestra América. Luego de casi doscientos años, los latinoamericanos se juegan la vida para emigrar. Las largas colas en casi todos los países latinoamericanos para obtener el preciado pasaporte y luego las infames y denigrantes travesías hasta ingresar a Estados Unidos o Europa para desempeñar los más humildes oficios hablan del fracaso de nuestra experiencia republicana y democrática.

En los últimos treinta años América Latina ha intentado múltiples experiencias integracionistas, pero sus resultados han sido francamente pobres. Los intereses “nacionales” sustentados por los poderosos grupos económicos boicotearon permanentemente cualquier intento de avanzar ante el temor que tenían de perder sus privilegios.

Las naciones Estado surgidas de las guerras de independencia, con su falso y discursivo nacionalismo, fueron el freno más eficaz para evitar la conformación de nuevas realidades geopolíticas.

La enorme crisis que sufre la región, y que en mi opinión se agudizará con el avance de la globalización, hace urgente e indispensable forjar una nueva organización territorial, económica y política. De lo contrario, como ya está sucediendo con los pequeños y débiles Estados, éstos serán presa fácil de los intereses económicos transnacionales.

La propuesta de crear una nación sudamericana en lugar de latinoamericana en primera instancia, tiene razones eminentemente prácticas. México se encuentra actualmente demasiado inmerso en el Tratado de Libre Comercio y sus vínculos como proveedor principal de mano de obra barata para Estados Unidos son la base del acuerdo económico actual. El gobierno mexicano no ha visto con agrado la reciente convocatoria a la reunión de presidentes de América del Sur, al sentir que Brasil se está convirtiendo en el jugador principal de este nuevo foro integracionista. México tendrá que optar en el futuro cercano por una mayor y mejor definición de su papel histórico y decidir si sus compromisos esenciales están con la América del Norte o con la del Sur. Es una situación francamente delicada y que deberá ser asumida con gran sabiduría. Yo vislumbro que de producirse la Unión Regional Sudamericana México asumirá un claro liderazgo en Centroamérica, para luego negociar la unificación con el sur del continente y conformar la anhelada Unión Latina.

Estados Unidos no tiene un real interés en ampliar su tratado de libre comercio al resto del continente, ya que con México y pequeños países del Caribe y Centroamérica le basta y le sobra. Su temor radica en que muchas de sus industrias y su economía podrían verse seriamente afectadas con una apertura mayor. Éstas son algunas de las razones por las que América del Sur tiene que buscar una forma de defender sus intereses comunes en el marco de una mayor unidad.

En la reciente reunión de presidentes de América del Sur convocada por Brasil, y que se realizó por primera vez en la historia, se emitieron algunos comentarios por parte de los jefes de Estado, que trascendieron las formales y cuidadosas declaraciones oficiales. El presidente Fujimori del Perú, que nunca mostró una clara vocación integracionista, sorprendió a la prensa al manifestar la necesidad de hacer realidad la utopía de crear los "Estados Unidos

de Sudamérica”, mientras que el fogoso representante venezolano, el presidente Hugo Chávez, sin quedarse en la ya tantas veces proclamada unión económica, dijo que había que buscar la “unión política”. Anteriormente ya había anunciado su deseo de proponer la unión de los ejércitos latinoamericanos para que formaran una especie de OTAN en esta parte del mundo. En ocasión anterior Fernando Henrique Cardoso, presidente de Brasil, había expresado su gran preocupación por el hecho de que si no hacíamos esfuerzos especiales, y grandes y necesarios cambios, América Latina podría entrar en la “larga noche de la historia”. Estos hechos muestran que la situación está cambiando dramáticamente y que en los próximos años deberían incrementarse los esfuerzos por acelerar la integración subcontinental que nos llevaría irremediablemente a la creación de una nación sudamericana.

### *Una nación de autonomías*

LA principal propuesta que me permito formular en este trabajo, y que posiblemente no ha sido planteada anteriormente, es que la ansiada unidad no será posible de alcanzar con la actual división territorial de los países sudamericanos. Por todas las razones antes mencionadas debemos asumir que la actual conformación de la naciones Estado no responde a las realidades regionales existentes, y que los intereses creados en cada uno de los países seguirán impidiendo la profundización de la integración.

Cada día con mayor fuerza se viene hablando del delicado y peligroso tema de las autonomías regionales. En el Ecuador es posiblemente donde más se lo está discutiendo y ya se han realizado varias consultas en las que, a pesar de no tener muy claras las ideas sobre qué tipo de autonomía es la que se busca, más de 90 por ciento de los votantes han aprobado la difusa idea. Es cierto que puede haber una manipulación política en el proceso, pero está claro que existe en el mundo entero una creciente voluntad de brindar mayor poder a los gobiernos locales, sea cual fuere su modelo de aplicación.

Considero que la creación de Estados Autónomos dentro de la realidad actual de América Latina podría conducirnos a una experiencia trágica, a la balcanización de toda la región, acelerando los enfrentamientos de intereses entre cada uno de los pequeños Estados, conduciéndonos a la anarquía y guerra civil generalizada, ya que no existen posibilidades reales de sobrevivencia de diminutos

Estados. Todo lo contrario podría ocurrir si las deseadas autonomías se organizan en el marco de una verdadera unión sudamericana.

Si hacemos un estudio de las realidades regionales de los actuales países sudamericanos encontraremos profundas diferencias entre ellas, que en muchos casos se han convertido en verdaderos frenos para el desarrollo. Lo lógico, natural y deseable es que cada conglomerado humano con ciertas identidades comunes busque formas para autogobernarse de acuerdo con sus mejores criterios y sin que las decisiones sean adoptadas por las burocracias de los centros de poder nacionales, que en la mayoría de los casos desconocen las realidades y forma de ser locales y por lo tanto sus verdaderas necesidades y mejores soluciones.

Disolver los Estados nacionales, conformar nuevos Estados regionales como parte de la nueva nación sudamericana es, en esencia, el planteamiento que me permito formular. No nos queda otra alternativa para defender nuestros intereses en el terrible siglo globalizado que va creciendo aceleradamente, nos guste o no, y en el cual cada día seremos más débiles si nos mantenemos como hasta ahora, cada uno proclamando una soberanía de papel.

Una nación sudamericana conformada no por 11 países, sino por 50 ó 60 Estados regionales es, en mi criterio, el mejor camino a seguir. Parecería utópico e imposible de lograr, pero lo mismo se pensó antes de las grandes transformaciones históricas y siento que nos estamos acercando a una de ellas. Imaginemos sólo por un momento que la región en que vivimos podría constituirse en un nuevo Estado regional con su parlamento y toma de decisiones pero sujeta a una constitución sudamericana que norme las relaciones entre todos y las de un gobierno central. Mil y una dudas surgirán de inmediato, pero la existencia de los Estados Unidos de Norteamérica y de la Unión Europea, que cada día se inclina a convertirse en una unión de regiones más que de países, son dos claros ejemplos para entender que el camino está en esa dirección. Mientras más nos demoremos en discutir y acordar, más difícil será lograrlo y la propia supervivencia de nuestros pueblos y nuestra cultura radica en buscar la unidad en la diversidad. La disolución de los Estados nacionales y la conformación de los Estados regionales en el marco de la creación de la nación sudamericana es la propuesta que me permito formular para que sea analizada y discutida al iniciar este nuevo siglo y milenio.